

HQN™

AMANDA McINTYRE



*El maestro
y sus musas*

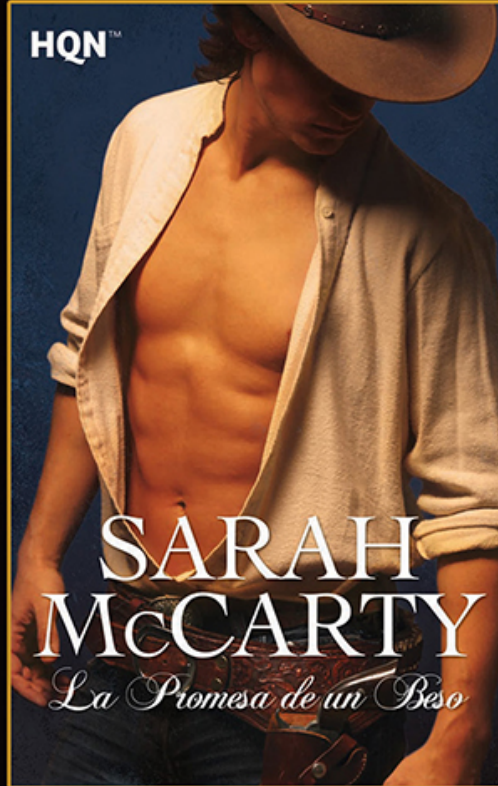
HQN™

SARAH
McCARTY

La Promesa de un Beso

Arde de deseo





Arde de deseo



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

E-Pack HQN Erótica, n.º 243 - abril 2021

I.S.B.N.: 978-84-1375-716-2

Table of Content

[Créditos](#)

[El maestro y sus musas](#)

[Nota de los editores](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Libro 1: Helen](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Libro: 2 Sara](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Libro 3: Grace](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Agradecimientos](#)
[Publicidad](#)
[Manuscritos](#)

[La promesa de un beso](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Publicidad](#)

HQN™

AMANDA McINTYRE



*El maestro
y sus musas*



AMANDA McINTYRE

*El maestro
y sus musas*

El maestro y sus musas es una sensual y seductora historia sobre un pintor y la apasionada relación que mantiene con sus musas. La pasión que el artista comparte con estas mujeres es lo que él intenta transmitir en el lienzo.

Amanda McIntyre nos lleva a la segunda mitad del siglo XIX, donde un grupo de pintores, escultores, poetas y escritores fundó la Hermandad Prerrafaelista, un movimiento cultural que influyó en la pintura inglesa hasta principios del siglo XX.

Inspirándose en algunos personajes reales pertenecientes a este grupo, Amanda ha creado una obra de ficción fascinante contada en primera persona por tres mujeres que, por encima de los valores morales de la época victoriana, intentan descubrir cuáles son sus necesidades.

Un relato atrevido, sorprendente, que queremos recomendar a nuestros lectores.

Los editores

Como siempre, a mi familia, que en todo momento me ha dado su apoyo, por su inspiración, su amor y su paciencia.

Prólogo

Me han llamado muchas cosas: temerario, arrogante, perverso, egocéntrico y, mi apelativo favorito, artista de la escuela carnal. Tal vez estas afirmaciones sean ciertas; no las niego, pero hago oídos sordos a esas críticas opresivas de mi trabajo y escucho los latidos de mi corazón, el canto de sirena de mi corazón.

De haber escuchado a los detractores de mi obra, a los críticos que deseaban cortar el paso a mi genio, seguramente nunca habría tomado ni un pincel.

En realidad, creo que los críticos tienen razón en cuanto a mi incorregible comportamiento. El hecho de atreverme a ser distinto era, y sigue siendo, la misma esencia de mi creatividad. Yo soy tenaz en mis creencias, y me siento orgulloso de serlo.

Estos aspirantes a entendidos del arte no saben nada del verdadero arte. Su visión es aburrida, apagada, lineal y simplista. No ven la emoción del suave rubor de una mujer excitada, ni el color de sus mejillas al ver a su amado, ni el brillo de sus ojos en los momentos posteriores a la pasión. No, para pintar esa belleza, uno debe experimentarla, sentirla y atraparla. Esas cosas no se pueden aprender con una pila de libros en un aula.

A pesar de los deseos de mis padres, mi destino no era ser un religioso.

Más bien me considero un hombre espiritual, alguien que cree más en el karma que en la doctrina. Mi pasión está en el extremo de mi pincel, pero mi inspiración son las mujeres. Ellas son mis musas. Os pregunto: ¿Qué criatura de la tierra puede personificar tal belleza y tal gracia?

Muchos artistas han intentado capturar la belleza de este mundo, pero hay pocas cosas más persuasivas que el color delicado de la carne de una mujer. ¿Qué podría resultar más inspirador que la suave curva de su hombro, dispuesta a soportar con dignidad las cargas de la vida?

Mis musas fueron rescatadas de una existencia gris, y no fue necesario coaccionarlas. Fama, independencia, admiración... eso fue lo que les di a cambio.

Se me acelera el pulso al recordar nuestras conversaciones, el vino que bebimos, la pasión de la que disfrutamos libremente... Una vez me preguntaron si había querido más a una que a las otras. Y, a eso, yo respondo: ¿Cómo puede un hombre amar solo a su brazo, y no a su pierna, o a su ojo, o a su boca? Yo las quise a todas ellas, porque me infundieron vida e inspiración para mi obra. Sin embargo, no podía retenerlas a mi lado más de lo que hubiera podido retener un rayo de sol.

La realidad y el arte, en muchos sentidos, son uno solo. A mis censores morales, les pregunto: ¿Cómo no iba a enamorarme de mis musas? Cada una de ellas representa una parte de mi alma. Por tanto, me convertí en esclavo de todas ellas.

¿Lo sabían ellas? No necesito saber esa respuesta. La vida y el amor son lo que son. Yo me convertí en su salvador y en su pecado. Las rescaté de lo ordinario, las redimí con mis pinceladas.

En mi búsqueda de la imagen perfecta, tal vez no fuera totalmente consciente de lo que tuvieron que soportar mis musas. Sin embargo, yo les ofrecí mundos nuevos, aventuras nuevas. Si eso me convierte en un bastardo egoísta, entonces acepto mi culpa con los brazos abiertos.

¿Me arrepiento? ¿Qué hacen los italianos? Lo malo me ha proporcionado una mejor apreciación de lo bueno. Lo bueno me recuerda que, aunque es deseable, también es efímero. He probado la copa de la vida y no voy a disculparme por ello.

Por vosotras, mis musas, alzo mi copa de oporto. Habéis alimentado mi imaginación y mi lujuria. Sin vuestra inspiración, no sería el hombre que soy. Helen, mi inocente, ferviente en tus deseos íntimos. Sara, mi *socialité*, siempre intentando llegar más lejos. Y, Grace, al salvarte a ti, me salvé a mí mismo.

Seré siempre esclavo, mentor y alumno de vuestra inspiración.

Thomas

Libro 1

HELEN

Capítulo 1

Leicester Square, 1860

Allí estaba, el mismo hombre una vez más, observándome mientras yo pasaba por delante de él hacia el trabajo. Llevaba una levita sobre una camisa y unos pantalones arrugados; parecía que se acababa de levantar de la cama. Pensé que sería de la zona por su forma de vestir, tal vez no muy rico, pero respetable, salvo por su deplorable costumbre de quedarse mirando a los demás. Llevaba un bombín de color marrón que le quedaba pequeño y que había conocido mejores tiempos. Me di cuenta de estas cosas porque había sido aprendiz en una de las mejores sombrererías de Londres desde muy jovencita. Mi deber era conocer los estilos más habituales de sombreros.

En realidad, yo no estaba acostumbrada a ser objeto del interés de ningún hombre. Me causaba mucha curiosidad, pero ignoré a mi admirador, tal y como hubiera hecho cualquier dama. Sin embargo, era un tipo persistente y, durante los tres días siguientes, siguió mirándome desde el otro lado de la calle cuando yo pasaba hacia la sombrerería de la señora Tozier. Yo tenía una imaginación muy activa, cosa que mi madre me reprochaba, y comencé a preguntarme si aquel hombre estaría planeando hacer algo siniestro contra mi jefa.

El tercer día, justo antes del mediodía, entró en la tienda. Yo estaba preparando un sombrero para el escaparate, y fingí que no sentía los latidos pesados y extraños de mi corazón. Él se quedó junto a la puerta durante un rato, examinando los pañuelos de señora y los guantes de encaje,

acercándose lenta y disimuladamente hacia donde estaba yo. Tal vez lo hubiera juzgado mal y solo estuviera eligiendo algo para su esposa o su amante. La señora Tozier tenía una lista privada de hombres que, a menudo, necesitaban algún detalle para la mujer especial de su vida, que, también a menudo, no era su esposa. La señora Tozier, que era discreta y profesional, tomaba su dinero, envolvía el regalo y se lo daba con una sonrisa.

–*Pardon, mademoiselle* –dijo el hombre misterioso con una suave voz de barítono.

Alcé la vista y vi sus increíbles ojos azules, que eran claros como el cielo y estaban llenos de curiosidad y picardía. Tenía el pelo castaño claro y le hacía falta un afeitado. La línea firme de su mandíbula quedaba suavizada por un hoyuelo que se le formaba en la mejilla al sonreír. ¿Tal vez me había equivocado y era extranjero? El hecho de que no supiera hablar inglés podía explicar su vacilación a la hora de acercarse a mí.

–¿Es usted francés, señor? –le pregunté con claridad.

Tenía un aire aristocrático y una cara agradable y, al mirarlo bien, me di cuenta de que era muy guapo. Si su atuendo fuera más apropiado, habría pasado por un barón o un duque.

–No, no soy francés, *mademoiselle*.

–Yo tampoco, señor. Entonces, ¿por qué finge algo que no es?

Él se quitó el bombín y, con una sonrisa tímida, se pasó la mano por los rizos en un vano intento de peinárselos.

–Discúlpeme por pensar que tal vez hablara francés, trabajando en una sombrerería francesa.

–¿Qué le trae por nuestra tienda, señor...?

–Rodin. William Rodin. Tal vez le suene el apellido.

Yo lo observé atentamente, pero no respondí.

Él agitó con suavidad el sombrero.

–Bueno, confío en que algún día le suene –dijo, con una sonrisa encantadora–. ¿Por casualidad está familiarizada

con el mundo del arte? Puede que haya oído hablar de mi hermano, el famoso pintor Thomas Rodin.

–No, señor Rodin. Me temo que no he oído hablar ni de usted ni de su hermano. Tengo muchas cosas que hacer, aquí en la tienda –dije, y me puse a inspeccionar el sombrero que iba a exponer en el escaparate. En realidad, había conversado muy pocas veces con hombres desde que la señora Tozier me había permitido trabajar en el mostrador. Y, ciertamente, con ninguno que mostrara interés por lo que yo pensaba.

Él se agarró la solapa de la levita y me miró con una sonrisa.

–Entonces, mi querida señorita, nuestra reunión es una suerte para usted, porque ahora podrá decir que conoció personalmente a Thomas Rodin cuando estaba en la cumbre de su carrera artística.

Yo bajé la cabeza para ocultar mi sonrisa. No quería herir su orgullo.

–¿Le interesa algún sombrero, señor Rodin?

Él dejó su bombín en el mostrador y se inclinó hacia mí. Yo miré a nuestro alrededor, por la tienda, y recé por que la señora Tozier no apareciera. Era una mujer robusta con un marcado acento francés. Su abuelo había emigrado a Londres para abrir aquella sombrerería. Yo no podía permitirme perder el trabajo por un hombre extraño y su absurdo interés en hablarme de su famoso hermano. Alcé la mano amablemente.

–Señor Rodin, discúlpeme, pero tengo que trabajar. Si no tiene intención de comprar ningún sombrero, entonces debo excusarme para seguir con mis tareas.

Me giré para marcharme, pero él me agarró del brazo.

–Por favor, permítame que vaya directamente al grano.

–En cuanto retire la mano de mi brazo, señor –dije yo. Sin embargo, no pude negar que el contacto de la palma de su mano me provocó una agradable calidez.

Él sonrió ligeramente, como si se hubiera dado cuenta de que, al tocarme, había conseguido conmoverme, aunque solo fuera un poco. Lentamente, apartó la mano.

-He venido a hacerle una proposición.

-¿Disculpe, señor? Tal vez ha olvidado dónde está. Si ha venido a buscar compañía para esta noche, entonces vaya al Ten Bells Pub, que está al final de la calle. Seguro que allí encontrará lo que busca.

Él me miró muy sorprendido.

-No... Quiero decir, por supuesto que no. He venido aquí a ofrecerle un empleo honrado. Tiene el potencial necesario para convertirse en alguien famoso.

A él le gustaba usar aquella palabra con bastante frecuencia.

-¿Famosa? ¿Es usted famoso, señor Rodin?

Él me observó con los ojos entrecerrados; después, su expresión se volvió amable de nuevo.

-Mi fama está en conocer el genio de la hermandad. Yo soy diseñador, no artista en el más puro sentido de la palabra. Sin embargo, en este momento estoy entre dos proyectos y le he ofrecido mis servicios a mi hermano.

-Eso es un detalle por su parte, señor Rodin. Y, ahora, si me disculpa...

-Espere, le ruego que me escuche. Los artistas de la Hermandad Prerrafaelista están buscando nuevos modelos que posen para ellos. Tienen en mente un tipo de mujer muy concreto, y usted cumple los requisitos a la perfección.

-¿Los requisitos de su hermandad? ¿De veras? -pregunté yo, sin disimular mi escepticismo.

-Por supuesto. Usted es lo que nosotros llamaríamos una mujer despampanante.

Aquella palabra hizo que me sintiera como una mujer de las que los hombres podían recoger en Cremorne un sábado por la noche. Él me recorrió con la mirada, sin ningún reparo.

Yo puse un sombrero entre los dos y me ocupe colocándole la pluma adecuadamente. Él siguió mirándome con fijeza. Ningún hombre me había visto nunca como una modelo.

-Tiene usted unas manos preciosas -dijo él, apoyándose en el mostrador.

-Por favor, va a manchar el cristal. Si la señora Tozier...

En aquel momento, se oyeron los pasos de alguien que se acercaba desde la trastienda.

-Ya lo ha conseguido -dije-. Si me quedo sin trabajo...

-Acabo de ofrecerle otro -respondió él, y se irguió, con una sonrisa.

-Señorita Bridgeton, ¿hay algún problema? ¿Puede atender al caballero?

La señora Tozier se puso a mi lado. Era cinco centímetros más baja que yo, pero lo compensaba con una actitud severa.

Empecé a explicarme, pero la señora Tozier levantó una mano.

-Señora Tozier -dijo el hombre; se inclinó, le tomó la mano y se la besó rápidamente-. *Je suis un artiste de design et de poésie* -añadió con un francés poco fluido.

La señora Tozier lo miró con cautela. Era muy capaz de distinguir algo falso, ya fuera un sombrero o un acento. Frunció el ceño.

-Es usted diseñador y poeta. Qué bien. Bueno, ha venido a comprar un sombrero, ¿no?

Él carraspeó.

-*Madame*, me gustaría hablar de la posibilidad de contratar a su encantadora dependienta, la señora Bridgeton, para que pose como modelo.

La señora Tozier se tapó la boca con una mano, y se enfureció.

-¡Salga, salga de mi tienda! Debería avergonzarse de acosar a una chica tan joven, tan dulce e inocente. ¡Fuera! -exclamó, moviendo los brazos para ahuyentarlo hacia la

puerta-. ¡Le destrozaré la reputación! Eso es lo que va a hacer.

Yo miré hacia abajo y me di cuenta de que el señor Rodin se había dejado el sombrero. Con cuidado, lo metí debajo del mostrador. La señora Tozier cerró de un portazo, y la campanita de la puerta tintineó violentamente. Ella, con un resoplido, corrió los visillos de encaje; después, se giró hacia mí agitando un dedo.

-No hables con hombres como esos, Helen. Lo único que harán será engañarte. Te usarán como si fueras una servilleta y después te arrojarán a la basura.

Yo me pregunté por qué sabía ella de hombres como aquellos.

-*Merci*, señora Tozier. Llevaba varios días observándome -dije yo. Sin embargo, el corazón me latía con una emoción extraña. En parte, por el tono de voz de mi jefa y, en parte, al recordar cómo me había mirado el señor Rodin-. ¿Cree que volverá?

-No, no volverá si sabe lo que le conviene -respondió ella con un resoplido, y se frotó las manos por la pechera de la camisa como si quisiera desprenderse del olor de aquel hombre.

Yo esperé hasta que ella se marchó de nuevo a la trastienda, y me atreví a acercarme a la ventana y mirar a escondidas a la calle. Para mi extraño deleite, él seguía allí, apoyado en la esquina del edificio de enfrente. Me sorprendió mirándolo y se llevó un dedo a la frente para saludarme. Después, se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se marchó caminando tranquilamente.

Aquella noche, durante la cena, hablé con mi familia sobre el suceso. Mi padre supo, inmediatamente, con quién estaba asociado aquel joven. Sus palabras fueron muy parecidas a las de la señora Tozier.

-Todos ellos son mala semilla. Condenan las enseñanzas de los eruditos de la Royal Academy y dicen que allí solo enseñan tonterías. Después se pasean por las calles

intentando engatusar a chicas jóvenes para llevarlas a sus estudios, prometiéndoles el oro y el moro y, una vez allí, las pobrecillas no pueden defenderse.

Mis hermanas, que se habían quedado fascinadas con aquella conversación, me miraron con los ojos muy abiertas y aguardaron mi respuesta.

—Pero, papá... —yo elegí cuidadosamente mis palabras. Me había costado mucho convencerlo de que me permitiera trabajar de aprendiz en la sombrerería de la señora Tozier, y no deseaba arriesgar aquella pequeña libertad de la que disfrutaba—. El señor Rodin no parecía un mal hombre —dije, y me metí una empanadilla en la boca, alzando la vista para mirar a mi padre.

—Ya me has oído, Helen Marie. No te acerques a esa chusma. No va a salir nada bueno de eso. Concéntrate en cumplir con tu trabajo y en aprender el oficio. Así se gana uno la vida de verdad, no emborronando un lienzo con óleo y viviendo siempre precariamente.

Miré a mi madre, que estaba sentada frente a mí. Por su expresión, supe que la conversación había terminado, y que no debía volver a hablar de aquel tema.

Yo era lo suficientemente mayor como para tomar mis propias decisiones pero, debido a lo bajo que era mi salario, me veía obligada a vivir con mi familia, porque no tenía marido. Mis padres creían firmemente que el hombre era quien debía llevar el pan a casa, y que la mujer debía ocuparse del hogar. No entendían que, si yo encontraba al hombre adecuado, estaba dispuesta a trabajar gustosamente con él, como la señora Tozier trabajaba en la sombrerería con su marido. Sin embargo, parecía que mis padres deseaban que siguiera siendo una solterona aprendiz del oficio de sombrerero hasta que apareciera un caballero rico por la tienda y pidiera mi mano. ¿Acaso era aquella mi única oportunidad de empezar una vida propia? ¿Era una oportunidad para dar a conocer mi poesía a otra alma creativa como yo?

Mientras ayudaba a recoger los platos de la cena, mi madre me puso una mano en la mejilla.

–Eres una chica muy guapa. Encontrarás a un buen hombre, como tu padre. Un hombre que no le tenga miedo al trabajo duro.

Entonces, me dio una suave palmadita, como si pudiera hacer desaparecer todas mis preocupaciones por arte de magia.

Más tarde, en mi dormitorio, puse el bombín del señor Rodin en una sombrerera que había encontrado junto a los cubos de basura, fuera de la tienda. Lo até con un lazo marrón y lo metí debajo de mi cama, con la esperanza de poder devolvérselo al día siguiente, de camino al trabajo.

Estuve mirando el reflejo de la luna en el techo de mi cuarto durante un largo rato, y recordando sus ojos mientras me observaba. Me imaginé acariciándole la mejilla sin afeitarse, sintiendo su calor en la cara cuando se me acercara. Tuve unas sensaciones extrañas que me provocaron un cosquilleo en el cuerpo. Por primera vez en mi vida, me vi como una adulta, y no como una niña.

Capítulo 2

Era raro ver mi sombra mientras caminaba por la calle empedrada hacia la sombrerería. Entre los chaparrones constantes y el mal olor que surgía del río y que quedaba suspendido sobre la ciudad como una neblina, el sol apenas aparecía. Su calor me animó el espíritu, pero la idea de volver a ver al señor Rodin me había alegrado mucho antes de salir de casa.

Torcí la esquina, pero me llevé una decepción al ver solo a los tenderos que, como de costumbre, sacaban su género a la calle.

–Buenos días, señorita.

Di un paso atrás cuando el señor Rodin salió, repentinamente, de la puerta de una tienda que estaba cerrada.

–¿Siempre es usted tan atrevido cuando persigue a posibles modelos, señor Rodin? –le pregunté.

Me cuadré de hombros, para demostrarle que no me gustaba que me acosara de aquella forma. Sin embargo, en realidad tenía mariposas en el estómago.

–Perdóneme. Solo he venido a preguntar si había visto mi sombrero. Parece que lo he perdido.

La alegría que sentí al verlo de nuevo provocó mi valiente respuesta.

–Y no quería encontrarse con la señora Tozier una vez más, ¿verdad?

Aquella era la primera vez que flirteaba con un hombre.

Él arqueó las cejas y sonrió con picardía.

–Qué astuta es usted, señorita Bridgeton. Parece que ya me conoce bien.

–Oh, señor Rodin, algo me dice que apenas he rascado la superficie. Sin embargo, encontré su sombrero antes que la señora Tozier –dije, y le entregué la caja redonda, que él inspeccionó por encima y por debajo con sumo interés.

–Mi sombrero nunca había tenido mejor aspecto –dijo.

–Estoy de acuerdo, señor Rodin –respondí yo con una sonrisa–. Y ahora, si me disculpa, tengo que irme a trabajar.

–Umm... Discúlpeme, señorita Bridgeton. ¿Puedo preguntarle cuáles son sus planes para después del trabajo?

Yo me detuve y lo miré. Era cierto que yo no pertenecía al círculo de la aristocracia, en el que los caballeros debían enviar tarjetas de visita para solicitar la compañía de una dama. Sin embargo, me sorprendió aquel comportamiento tan poco convencional; aunque, ¿qué podía esperar de un hombre que había estado observándome durante cuatro días antes de hablar? Pensé en lo que haría yo por mis hermanas. ¿Me rendiría fácilmente si pensara que necesitaban algo de verdad?

–Debe de querer mucho a su hermano, señor Rodin.

Él abrió la tapa de la sombrerera y me sonrió mientras se calaba el bombín.

–Pues sí, es cierto, pero ¿por qué lo dice usted?

Él no se había dado cuenta de que yo le había arreglado cuidadosamente los bordes desgastados del ala del sombrero.

–Porque está claro que no se va a rendir, ¿no? Por muy grosera que sea yo.

Entonces, me observó con un nuevo interés.

–¿Está siendo grosera?

–¿Lo ve? ¡Usted ni siquiera se da cuenta! –repliqué yo.

Él se echó a reír, y su risa fue tan espontánea que yo sonreí de nuevo, sin poder evitarlo.

–Señorita Bridgeton, le aseguro que mis intenciones son honorables. ¿No es usted lo suficientemente mayor como

para aceptar una sencilla invitación para dar un paseo por el parque y tomar un helado?

—¿Con qué propósito, señor Rodin?

Sabía que, si aceptaba, oiría hablar más de su propuesta. Además, temía que mi interés no tuviera su origen solo en su propuesta, sino más bien en verlo de nuevo a él.

—Está bien, señor Rodin —dije—. ¿Quiere que nos reunamos en la puerta oeste de Cremorne Gardens, entonces? ¿A las cinco de la tarde, más o menos?

—Estoy deseándolo, señorita Bridgeton. Así podrá hacerme todas las preguntas que, seguro, están rondándole por esa preciosa cabecita.

Con el helado en la mano, dejamos atrás el kiosco de baile y nos alejamos de la multitud y de la música del escenario. Hacía una tarde muy agradable en los jardines. Había farolillos colgados de los árboles, y las lucecitas brillaban en el atardecer. Soplaban una brisa suave que mantenía alejado el mal olor del río, al menos por el momento.

—Hábleme de su hermano, señor Rodin.

Yo tomé un poco de helado con mi cucharita mientras pasábamos, por debajo de unos arcos cubiertos de parras y de glicinias, hacia la otra parte del parque. Me pareció que allí podríamos hablar con más tranquilidad.

Recorrimos aquel túnel en silencio, y la sombra fresca me resultó tan agradable como el helado que estábamos tomando.

—¿Qué le gustaría saber de él? —me preguntó el señor Rodin.

—¿Por qué no me habla de su trabajo?

En aquel momento, se me cayó un poco de helado sobre la pechera del vestido. Hice una mueca de desagrado, y el señor Rodin se ofreció para sujetarme el cucurucho mientras yo rebuscaba un pañuelo en mi bolso.

–Tenga, señorita Bridgeton. Tenga el mío.

Se sacó el pañuelo del bolsillo y, rápidamente, me limpió el helado. Yo sentí el ligero roce de sus dedos en el pecho. Se me escapó un jadeo.

–¡Por favor, señor Rodin!

–Disculpe, señorita Bridgeton. Me parecía sencillo quitarle el helado sin tocar su...

Yo arqueé las cejas.

–Entiendo, señor Rodin. No es necesario que me lo explique.

Yo tomé su pañuelo y me limpié el lugar donde había caído el helado. Tenía las mejillas ardiendo.

–Tal vez deberíamos buscar un sitio para sentarnos.

–Oh, sí, por supuesto. Mire, aquel parece un lugar agradable.

Esperó mientras yo me sentaba. Después, me ofreció lo que quedaba de mi cucurucho de helado, pero yo negué con la cabeza. Él tiró ambos cucuruchos a una papelería y se sentó a mi lado.

–Por favor, señor Rodin, continúe. Me estaba hablando de su hermano –dije yo.

–Acerca de Thomas... Bien, es un tipo complejo, como lo son la mayoría de los hombres que están en su situación. Supongo que su pasión es el arte, y es lo que provoca todos sus impulsos.

–Discúlpeme, pero ¿es bueno? ¿Ha expuesto su obra públicamente?

Él me miró con curiosidad.

–¿De veras no ha oído hablar de él?

–No, lo siento.

–Su obra anterior fue expuesta en la galería de la Royal Academy. Creo que todavía hay colgados dos de sus cuadros en la exposición permanente, por insistencia de uno de sus patrocinadores.

–Eso es impresionante. Debe de estar usted muy orgulloso.

–Ya le he dicho, señorita Bridgeton, que es un hombre con talento. No es perfecto, claro que no, pero es brillante y decidido. Es un romántico. Su obra se centra principalmente en la mujer, y utiliza imágenes poéticas, historias religiosas y leyendas para darles forma a sus ideas. Aunque, en realidad, su inspiración son sus musas.

–¿A qué se refiere usted con «sus musas»?

–Deje que se lo explique con claridad, señorita Bridgeton. Mi hermano tiene un amor profundo y perdurable por las mujeres. Algo como reverencia, diría yo. Thomas mira a las mujeres con la misma maravilla que otros hombres reservan para las estrellas o el amanecer.

–Vaya, qué bonito –dije yo. Por el rabillo del ojo, vi a una pareja que recorría apresuradamente la densa vegetación que había junto al túnel. No tuve ninguna duda de lo que iban a hacer—. ¿Y la fraternidad cuenta con muchos miembros, señor Rodin? ¿Y con otros modelos?

–Somos varios, sí... Artistas como Thomas, algunos diseñadores como yo... También contamos con un poeta, un periodista y un escritor, y otros individuos. No tiene por qué preocuparse, señorita Bridgeton. Somos un grupo unido, y estamos muy atentos los unos de los otros.

Desde el otro lado del muro se oyó un suspiro de lujuria femenino. Yo seguí mirando el rostro del señor Rodin. Él siguió hablando, pese a los sonidos que nos llegaban desde tan cerca.

–Nos sentimos orgullosos de nuestras creencias y nuestras aspiraciones. Cada uno tiene un propósito distinto, pero somos...

–Oh, sí... sí, eso está muy bien... –la mujer exhaló un sonoro suspiro—. Vamos a ver –dijo—, el regalito que tienes para mí...

Oí la risa suave de un hombre.

–Vaya, sí que eres ansiosa.

Mi mente se llenó de imágenes de lo que estaba haciendo aquella pareja, y me humedecí los labios.

–... profesionales y discretos –dijo el señor Rodin.

Yo estaba muy ruborizada. Tenía los puños apretados en el regazo e intentaba mantenerme distante de lo que estaba sucediendo al otro lado del muro, tanto como, aparentemente, estaba el señor Rodin. Quise preguntarle si podíamos ir a conversar a otro lado, pero parecía que él estaba tan tranquilo, y yo no deseaba que supiera lo inquieta que me sentía.

–¿Discretos? –pregunté yo con la voz quebrada–. Ah, sí, eso es admirable.

A través de las flores nos llegó un gruñido gutural y, al instante, el señor Rodin lo reconoció. Sonrió ligeramente, y apartó la vista un instante.

–¿Quería hacerme más preguntas, señorita Bridgeton?

–¡Oh, querida! ¡Qué extraordinaria habilidad la tuya! –gruñó el hombre, entre los arbustos.

Yo giré la cabeza y me tapé la boca para ocultar mi sonrisa. Carraspeé en voz alta con la esperanza de alertar a la pareja de que no estaban solos. Sin embargo, eso no sirvió para disuadirlos en absoluto.

–Vamos, querido, estate quieto. Ya estás listo.

–Pero... yo he pagado una hora –comentó el hombre con la voz ligeramente agitada.

–Entonces, ¿es culpa mía, o qué? Además –dijo ella–, nadie ha dicho que no podamos buscar otro bonito lugar para intentarlo otra vez, ¿sabes?

Se oyó una carcajada.

Yo estaba tan fascinada con su conversación, que casi me había olvidado de que el señor Rodin continuaba sentado a mi lado. Lo miré, y dije:

–Oh, vaya, ¿qué es lo que me ha preguntado, señor Rodin?

Él sonrió aún más, y se le formó un hoyuelo en la mejilla.

–Que si quería hacerme más...

–Ah... ah... Oh, sí, sí, eso está muy bien, querido. Muy, muy bien.

La mujer comenzó a suspirar rítmicamente.

–Tal vez debiéramos irnos –susurré, cuando los sonidos de la pasión de la pareja comenzaron a aumentar de volumen. Yo nunca había oído aquellos ruidos. En la unión de mis muslos, noté un calor húmedo, y comenzaron a sudarme las palmas de las manos. Parecía que todo mi cuerpo había cobrado vida propia al oír sus gemidos de lujuria.

–¿Está segura? ¿Justo cuando las cosas se están poniendo interesantes? –me preguntó el señor Rodin, sonriendo abiertamente.

–Creo que es mejor que nos vayamos antes de que se pongan demasiado interesantes –respondí, y me puse en pie. Me temblaban las rodillas.

–Muy bien. A mí también me vendrá bien dar un paseo.

Me ofreció el brazo, y continuamos caminando hacia una pradera de césped. Allí, respiré profundamente. Me sentía como si no tuviera sangre en los pies.

–¿Se encuentra bien, señorita Bridgeton? –me preguntó el señor Rodin. Yo iba agarrada de su brazo, y él me dio una palmadita en la mano.

–Sí, yo...

La brisa nos trajo un sonoro gruñido masculino, junto a la música que estaban tocando en el kiosco. En aquella zona había muy poca gente, porque la mayoría se habían marchado a bailar.

Yo miré hacia atrás.

–Estoy bien, gracias. Umm... ¿Podríamos retomar nuestra conversación? Creo que estaba a punto de contestar a mi pregunta acerca de las otras modelos.

Él me miró de reojo.

–Por supuesto. Las modelos.... Normalmente, nuestros artistas no emplean más de una modelo a la vez. El artista, cuando elige un tema, comienza a buscar una cara que pueda completar su visión.

El señor Rodin me soltó el brazo, y yo me sentí azorada de nuevo. Caminamos juntos hasta el estanque, y observamos en silencio a dos cisnes que se deslizaban sin esfuerzo por el agua. Recordé la historia del patito feo que nos contaban a mis hermanas y a mí cuando éramos pequeñas. Sentía muchas emociones a la vez; después de haber escuchado el encuentro de aquella pareja, era más que consciente de la atracción que sentía hacia el señor Rodin.

-Tal vez pudiera acompañarla a ver algunas obras de mi hermano -me preguntó él, sin apartar la vista de los cisnes-. Así se convencería de que mis intenciones son honorables.

-Oh, señor Rodin -dije. No quería que él me considerara inmadura o indecisa-. De veras creo que es usted sincero. Por favor, entienda que me interesa su proposición. Sin embargo, mi familia no aprueba que yo trabaje posando para un artista. Para ningún artista.

-Yo podría hablar con ellos, si usted lo desea -me respondió él.

Yo alcé la mano.

-Oh, no. Me temo que eso no saldría bien. La opinión que tiene mi familia sobre los artistas es mucho peor, incluso, que la de la señora Tozier.

Él frunció el ceño.

-Eso es un problema.

Miró hacia otro lado, y yo temí que estuviera a punto de terminar con nuestra conversación.

-Sin embargo, tal vez pudiéramos vernos en la galería de arte alguna vez, y usted podría mostrarme los cuadros de su hermano -dije.

Entonces, él miró hacia abajo con una sonrisa que le iluminó el rostro.

-Espléndido. Sí, eso sería muy agradable.

Yo suspiré.

-Muy bien.